

nia comercio con muger musulmana, entendiase que abrazaba su religion. El hijo de mahometana y de cristiano ó vice-versa, el *mulado ó muzlita* (4), era reputado por mahometano tambien; porque el Profeta habia dicho muy astutamente que tenia que seguir aquella de las dos religiones del padre ó de la madre que fuese la mejor, y la mejor era natural que fuese la suya. El cristiano que de hecho ó de palabra injuriaba á Mahoma ó á su religion, no tenia otra alternativa que el mahometismo ó la muerte.

Con esto comenzó una série de persecuciones y de martirios á que ayudaba por una parte el celo religioso, á las veces indiscreto y exagerado, de algunos cristianos, y por otra las ardientes excitaciones de los monjes y sacerdotes, que ó alentaban á los demas ó se presentaban ellos mismos á buscar la muerte. El monje Isaac bajó espontáneamente de su monasterio, y comenzó á predicar el cristianismo en la plaza y calles de Córdoba, y aun á provocar al cadí ó juez de los musulmanes: el cadí le hizo prender, y de orden de Abderrahman le dió el martirio que buscaba. El presbítero Eulogio, varon muy versado en las letras

(4) Estos *mulados* (de donde vino nuestra voz *mulato*), *muzlitas*, *mozlemitas* ó *mauludines*, eran los hijos ó nietos de musulmanes no puros, sino que habian sido cristianos renegados, ó hijos de cristiana y musulman, ó de mahometana y cristiano. Como el número de españoles era infinitamente mayor que el de las familias árabes, y se fueron haciendo matrimonios mixtos, al cabo de algunas generaciones eran ya mas los *mulados* que los árabes puros: de aqui las rivalidades de familias y muchas de las guerras de que hemos dado cuenta.

divinas y humanas, exhortaba incesantemente con sus palabras y sus cartas á despreciar la muerte, á persistir en la fé de Cristo y á injuriar la religion de Mahoma. Asi lo hizo con las vírgenes Flora y María que se hallaban en la cárcel, con cuya ocasion escribió un libro titulado: «*Enseñanza para el martirio.*» Multitud de sacerdotes, de vírgenes, de todas las clases y estados del pueblo fueron martirizados en este sangriento período, sufriendo todos la muerte con una heroicidad que recordaba la de los primeros tiempos de la iglesia. Con la insensibilidad que ostentaban los sacrificados crecia el furor de los verdugos, y con las medidas rigurosas de los musulmanes se fogueaban mas los cristianos, y se multiplicaba el número de las víctimas voluntarias.

Vióse con este motivo un fenómeno singular en la historia de los pueblos; el de un concilio de obispos católicos congregado de orden de un califa musulman. Convencido Abderrahman de que cada suplicio de un mártir no producía sino provocar la espontaneidad de los martirios, convocó en 852 un concilio nacional de obispos mozárabes en Córdoba, presidido por el metropolitano de Sevilla, Recafredo. El objeto de esta asamblea era ver de acordar un medio de poner coto á los martirios voluntarios, y los obispos, ó por debilidad ó por convencimiento, declararon no deber ser considerados como mártires los que buscaban ó provocaban el martirio, lo cual dió ocasion al fogoso

Eulogio para escribir con nuevo fervor contra esta doctrina, calificándola de debilidad deplorable. No cesó por esto ni la audacia de los fieles ni el rigor de los mahometanos: siguióse una dispersion de mozárabes, y el mismo obispo de Córdoba, Saul, se vió preso en una cárcel por el metropolitano de Sevilla ⁽⁴⁾.

Cumplióse en esto el plazo de los dias de Abderahman II. Dicen nuestras crónicas, que asomándose una tarde á las ventanas de su alcázar, y viendo algunos cuerpos de mártires colgados de maderos orilla del rio, los mandó quemar, y que ejecutado esto, le acometió un accidente de que falleció aquella misma noche (setiembre de 852; último de la luna de Safar de 238). Todos los pueblos lloraron su muerte como la de un padre, dicen las historias musulmanas. Habia reinado treinta y un años, tres meses y seis dias. Dejó muchas hijas y cuarenta y cinco hijos varones: el que le sucedió en el imperio se llamaba Mohammed.

No se templó, antes arreció mas con Mohammed I. la borrasca de la persecucion contra los cristianos. El nuevo emir comenzó por lanzar de su palacio á los que servian en él, y por destruir sus templos. Entre los muchos mártires de esta segunda campaña, lo fué el ilustrado y fervoroso Eulogio, que acababa de ser nombrado metropolitano de Toledo. La causa ostensible fué haber ocultado en su casa á Leocricia, que

(4) Eulog. Memorial. Sanctior. dicul. luminos.
—Id. Liber apologet.—Alvar. In-

siendo hija de padres mahometanos habia abrazado el cristianismo, y buscado un asilo en casa de Eulogio. Ambos fueron decapitados: los cristianos rescataron los cuerpos de estos santos mártires y los depositaron en sus templos.

La imparcialidad histórica nos obliga á consignar lo mismo los lunares que las glorias de las actas del cristianismo. No todo fué pureza, virtud y perseverancia en esta época de tribulacion y de prueba. Algunos cristianos tuvieron la flaqueza de apostatar, lo cual no nos admira, porque el heroismo no puede ser una virtud comun á todos los hombres, y esto es precisamente lo que constituye su mérito. Lo peor fué que vino á los cristianos andaluces otra persecucion de quien menos lo podian esperar, de algunos obispos cristianos. Hostigesio, prelado de Málaga, y Samuel de Elvira, no contentos con haber convertido sus casas, de asilos modestos de la virtud que debian ser, en lupanares inmundos; no satisfechos con propalar heregías acerca de la naturaleza de Cristo conforme á lo que de ella enseñaban los mahometanos; y no teniendo por bastante apropiarse las limosnas y obla-ciones de los fieles y malversar los bienes del clero, excitaron á Mohammed á que exigiese nuevos tributos personales á los cristianos, haciendo para ello un empadronamiento general escrupuloso, convidándose ellos á hacer uno minucioso y exacto de los de sus diócesis. Servando, conde de los cristianos, en quien

estos deberían creer encontrar consuelo y apoyo, había pedido permiso á Mohammed para exigirles cien mil sueldos; hacia desenterrar á los mártires, y formaba causas á los fieles por haberles dado sepultura. En tan apurado y extraño conflicto, un nuevo atleta se presenta á sostener la buena causa de los oprimidos cristianos, el abad Samson, varon respetado por su piedad y por su literatura.

Pero el disidente Hostigesio negocia con Mohammed la convocacion y reunion de un concilio de los obispos de la comarca para que en él sea juzgado Samson, y para que se obligue á todos los prelados católicos á que hagan la matrícula de sus súbditos á fin de exigirles nuevos y crecidos impuestos. Extraña singularidad la de este lamentable episodio de la historia cristiana. Un obispo disidente, inmoral, avaro, manchado de heregía, instiga á un califa de Mahoma á celebrar un concilio de obispos cristianos para condenar al mas celoso defensor de la pureza de la fé. Este concilio se celebra en Córdoba con asistencia del prelado de esta ciudad, de los de Cabra, Ecija, Almería, Elche y Medina Sidouia. Samson se previene con una profesion de fé que sustenta con valor en sus discusiones con Hostigesio, pero las furibundas amenazas, ya que no las razones de este prelado, logran intimidar á los débiles ancianos que componian el sínodo, y la doctrina y proposiciones de Samson son declaradas perniciosas, cuya sentencia hacen circular

Hostigesio y Servando por todas las iglesias de Andalucía. Samson, por su parte, demuestra la nulidad de la sentencia como arrancada por la violencia y el dolo. Provocada nueva declaracion, algunos obispos se retractan de la primera, y entre ellos Valencio de Córdoba, que para manifestar el aprecio que le merecia la doctrina de Samson le hizo abad de la iglesia de San Zoilo⁽¹⁾. Esto acabó de irritar al partido de Hostigesio y Servando, que acudiendo entonces á la calumnia y á la intriga, y aprovechando la predisposicion de Mohammed, consiguen que el abad Samson sea depuesto y desterrado á Martos, donde compuso la interesante defensa de su doctrina con el título de *Apologético*, acalorando con esto mas y mas los ánimos. Siguiéronse mútuas profanaciones é insultos de cristianos y musulmanes en sus respectivos templos, hasta que la tormenta fué con la accion misma del tiempo calmando, ó mas bien la atencion de los musulimes se distrajo hácia los campos de batalla, donde cristianos, muzlitas y moros rebeldes combatian con las armas el poder central del imperio árabe-hispano.

Tal fué este episodio tan glorioso como sangriento de la iglesia mozárabe española, que podremos llamar la era de los martirios, y que produjo, ademas de una multitud de hechos heróicos mezclados con

(1) El título de Abad que se da á Samson no lo era de dignidad monástica, sino de gobierno parroquial, como en nuestros dias se llaman abades los curas propios de las iglesias en Galicia y Portugal.

otros de lamentable recuerdo, un catálogo de santos con que se aumentó el martirologio de España, y los luminosos escritos de San Eulogio, de Pablo Alvaro y del abad Samson, que han llegado hasta nuestros días, y sin los cuales nos veríamos privados de las noticias de este período de lucha religiosa, tanto mas gloriosa cuanto era con mas desiguales armas sostenida (4).

Habia sucedido en 850 á Ramiro de Asturias su hijo Ordoño, primero de este nombre, que tuvo que inaugurar su reinado con una expedicion contra los vascones de Alava que se habian sublevado, sospéchase que en connivencia con los musulmaues, y á los cuales logró sujetar y tener sumisos. Pero el hecho mas brillante de las armas del nuevo monarca de Oviedo fué la famosa victoria que en la Rioja alcanzó sobre un ejército mahometano mandado por Muza ben Zeyad. Antes de referir este célebre triunfo de Ordoño,

(4) A principios del siglo XVI., con ocasion de limpiarse un pozo distante media legua de Trasierra, se halló la famosa campana del abad Samson, asi llamada por haber sido donacion de este virtuoso y erudito presbítero á la iglesia de San Sebastian, en 875, notable por la circunstancia de creerse la campana mas antigua que se conserva en España. Tiene cerca de un pie de alto, y otro tanto de diámetro, con asa para tocarla, y una inscripción que expresa el año de la oferta. Habia sido llevada al monasterio de Valparaiso cerca de Córdoba, y en la última supresion de las órdenes religiosas fué entregada por la comision de arbitrios de amortizacion á la de ciencias y artes, que la colocó en el colegio de humanidades de la Asuncion, donde se conserva.—Ramírez y las Casas-Deza, Antigüed. de Córdoba.—Los preciosos escritos de San Eulogio, de Pablo Alvaro y de Samson, que tan interesantes noticias nos han trasmitido acerca de este importante período de la historia cristiano-musulmana, se hallan en los tomos X. y XI. de la España Sagrada de Florez.

necesitamos dar cuenta de quién era este Muza que tan famoso se hizo en la historia española del siglo IX.

Muza era godo de origen, y habia nacido cristiano. Por ambicion habia renegado de su fé, y abrazado el islamismo con toda su familia. En poco tiempo habia hecho una brillante carrera en tiempo de Abderrahman, y esto mismo acaso le tentó á rebelarse á su vez contra los árabes: con ardides tanto como por fuerza se habia ido apoderando de Zaragoza, de Tudela, de Huesca y de Toledo: el gobierno de esta última ciudad y comarca le dió á su hijo Lupo (el Lobia de los árabes), y cerca de Logroño levantó una nueva ciudad que nombró *Albayda* (Albelda entre los cristianos), y que hizo como la capital de sus estados. Los vascones, ó por temor á un vecino tan poderoso, ó por huir de sujetarse al reino de Asturias, hicieron alianza con Muza, y García su príncipe llegó á tomar por esposa una hija del doblemente rebelde caudillo. Alentado éste con sus prosperidades, y noticioso del miserable estado en que los dominios de Carlos el Calvo se hallaban, acometió la Gothia, franqueó los Pirineos, y solo á precio de oro pudo el nieto de Carlo-Magno comprar una paz bochornosa. Entretanto Lupo su hijo se mantenía en Toledo y el rey de Asturias fomentaba y protegía su rebelion, y aunque las huestes de Mohammed lograron un señalado triunfo sobre las tropas rebeldes de Lupo y las auxiliares cris-

tianas, matando gran número de unas y otras, la ciudad no pudo ser tomada: dejó el emir encomendado el sitio á su hijo Almondhir, el cual no tardó en ser batido por Muza. Envanecido este con tantas victorias se hacia llamar *el tercer rey de España*, y quiso tratar con el emir como de igual á igual. Y en efecto, llegó á dominar Muza en una tercera parte de la Península. Pero estas mismas pretensiones hicieron que los cristianos, en vez de mirarle como aliado, le miráran ya como enemigo.

Desavenidos estaban cuando se encontraron en la Rioja. Ordoño fué el que tomó la ofensiva: un cuerpo de tropas destacó sobre Albelda, y al frente de otro marchó él mismo contra Muza. Dióse el combate en el monte Laturce, cerca de Clavijo: la victoria se declaró por los soldados de Ordoño; diez mil sarracenos quedaron en el campo; entre los muertos se halló el yerno y amigo de Muza, García de Navarra; el mismo Muza, herido tres veces por la lanza de Ordoño, pudo todavía salvarse en un caballo que le prestaron, y se fué á buscar un asilo entre sus hijos Ismael y Fortun, wali de Zaragoza el uno, de Tudela el otro: los ricos dones que habia recibido de Carlos el Calvo quedaron en poder de Ordoño. El monarca cristiano marchó sin pérdida de tiempo sobre Albelda; y habiéndola tomado despues de siete dias de asedio la hizo arrasar por los cimientos; la guarnicion musulmica fué pasada á cuchillo, y las mugeres y los hijos hechos esclavos.

De tal manera consternó este doble triunfo de los cristianos al hijo de Muza Lupo, el gobernador de Toledo, que pareció faltarle tiempo para solicitar la amistad de Ordoño y ofrecerse para siempre á su servicio. Así humilló el valeroso rey de Asturias el desmedido orgullo de *Muza el renegado*, librando al mismo tiempo al emir de Córdoba de su mas importuno y temible enemigo ⁽¹⁾.

Alentóse con esto Mohammed, y consagróse á acabar á toda costa con la rebelion de los hijos de Muza. Años hacia que Lupo se mantenía en Toledo sitiado por Almondhir, sin que le arredrára el haber visto enviar setecientas cabezas de los suyos cogidos en Talavera para adornar, segun costumbre, las almenas de Córdoba. Fué, pues, Mohammed á activar y estrechar el sitio. Cansados los labradores y vecinos pacíficos de Toledo de los males de la guerra y de ver cada año destruir sus mieses, sus huertas y sus casas de campo, ofrecieron al emir que le entregarían la ciudad y aun las cabezas de los gefes rebeldes si les otorgaba perdon. Prometióselo así Mohammed, y abriéronsele las puertas de Toledo aun antes del plazo designado: algunos caudillos fueron puestos á su disposicion; otros pudieron huir disfrazados, entre ellos el mismo Lupo, que fué á refugiarse á la córte de

(1) Seb. Salmant. Chron. n. 26. se la que por error se atribuyó á Ramiro.
—Esta fué la verdadera batalla de Clavijo, y es de sospechar que fue-

Ordoño el cristiano (859), de quien continuó siendo aliado y amigo. Así acabó por entonces la famosa rebelion de Muza el renegado, del que tuvo la presuncion de titularse *el tercer rey de España*. Ocupóse Mohammed en arreglar las cosas del gobierno de Toledo ⁽¹⁾.

Cúpole á Ordoño otra gloria semejante á la que habia alcanzado su padre Ramiro. Los normandos, esos aventureros de los mares, ni nunca quietos, ni nunca escarmentados (los *Magioges* de los árabes), vinieron á intentar un nuevo desembarco en Galicia (860). Sesenta naves traian ahora. Rechazó dealli esta segunda vez el conde Pedro aquellos formidables marinos, que se vieron forzados á bordear como antes el litoral de Lusitania y Andalucía en busca siempre de presas que arrebatar: arrasaron aldeas, atalayasy caseríos desde Málaga á Gibraltar, saquearon en Algeciras la mezquita de las Banderas, y atosados por las tropas de Mohammed pasaron á las playas de Africa, recorrieron la costa de la Galia, las Baleares, el Ródano, los mares de Sicilia y de Grecia, haciendo en todas partes los mismos estragos, dejando tras sí una huella de devastacion y de sangre, hasta que desaparecieron en el Océano para entrar otra vez en la Escandinavia con los despojos que habian podido recoger de todos los paises.

(1) Conde, part. II. cap. 48.

Ordoño, que no olvidaba sus naturales y mas inmediatos enemigos, los árabes, llevó sus armas á las márgenes del Duero, venció al walí de la frontera Zeid ben Cassim, y tomó varias poblaciones, entre ellas Salamanca y Coria, que no se esforzó en conservar, contentándose con destruir sus murallas y llevar cautivos al centro de su reino. Así no creemos que para recobrarlas hubiera necesitado Almondhir el Omniada llevar tan grande ejército como luego llevó, y cuyo aparato de fuerza podia solo justificar el respeto que ya les imponia el nombre de Ordoño. Desde el Duero llevó Almondhir sus huestes hácia el Nordeste de la Península, franqueó el Ebro, penetró por Alava en la alta Navarra y montes de Afranc, taló las campiñas de Pamplona, ocupó algunas fortalezas de su comarca, y cautivó, dice un autor árabe, á un cristiano muy esforzado y principal llamado Fortun ⁽¹⁾, que llevó consigo á Córdoba, donde vivió veinte años, al cabo de los cuales fué restituido á su patria. Esta expedicion tuvo sin duda por objeto castigar á los que habian sido aliados del rebelde Muza.

A poco tiempo de esto (en 863) llevaron al emir de Córdoba sus *forénicos* ó correos de á caballo

(1) Este Fortun pudo ser muy bien el hijo de Muza, gobernador de Tudela: mas al decir de algunas historias navarras era Fortuño, hijo del García Iñigo ó Iñiguez, muerto en Albelda, y añaden que con él fué llevada á Córdoba su hermana Iñiga, y que el haber recobrado su libertad al cabo de los veinte años fué debido al casamiento de Iñiga con Abdallah, hijo segundo de Mohammed.

nuevas que le pusieron en grande cuidado y alarma. Los cristianos de Afranc y los de Galicia habian invadido simultáneamente y por opuestos puntos las tierras de su imperio. Ordoño habia entrado en la Lusitania, corrido la comarca de Lisboa, incendiado á Cintra, saqueado los pueblos abiertos y cogido multitud de ganados y cautivos. La fama abultaba los estragos, y Mohammed creyó llegado el caso de hacer publicar la guerra santa en todos los alminbares. Juntáronse todas las banderas y Mohammed penetró con sus huestes en Galicia hasta Santiago. Mas cuando él llegó, ya los cristianos se habian recogido y atrincherado en sus impenetrables riscos: con que tuvo por prudente regresar por Salamanca y Zamora hácia Toledo.

En las fronteras de Afranc un hombre oscuro daba principio á una guerra que habia de ser dura y porfiada. Este hombre era Hafsún, originario de aquellas tribus berberiscas que en el principio de la conquista se establecieron en los altos valles y sierras mas ásperas del Pirineo. Aunque nacido en Andalucía, era oriundo de la proscrita raza de los judíos. Sus principios fueron oscuros y humildes. Vivía del trabajo de sus manos en Ronda, pero descontento de su suerte paso á Torgiela (Trujillo) á buscar fortuna, y no hallando recursos para vivir se hizo salteador de caminos, llegando por su valor á ser gefe de bandoleros, y á adquirir no escasa celebridad en aquella

vida aventurera y agitada. Hafsún y su cuadrilla se hicieron dueños de una fortaleza llamada Calat-Yabaster. Por último, arrojado del pais, se trasladó á las fronteras de Afranc, y se apoderó del fuerte de Rotah-el-Yehud (Roda de los Judíos), situado en un lugar inexpugnable por su elevacion y aspereza sobre peñascos cercados del rio Isabana.

No solo fué bien recibido allí Hafsún por los judíos berberiscos, sino que viendo los cristianos de Ainsa, Benavarre y Benasque la fortuna de sus primeras algaras, confederáronse con él para hacer la guerra á los mahometanos; y precipitándose como los torrentes que se desgajan de aquellos riscos, cayeron sobre Barbastro, Huesca y Fraga, levantando los pueblos contra el emir. El walí de Zaragoza, resentido de haber sido nombrado otro gobernador de la ciudad, si no favoreció á los rebeldes, á lo menos no se opuso á sus progresos y correrías. El walí de Lérida Abdelmelik tomó abiertamente partido en favor de Hafsún, y le entregó la ciudad. Los mismo hicieron los alcaides de otras poblaciones y fortalezas. De modo que el menestral de Ronda, el gefe de bandidos de Trujillo, se vió en poco tiempo dueño de una parte considerable de la España Oriental y de gran número de ciudades y castillos, con lo que mas y mas envalentonado recorrió las riberas del Ebro y fértiles campiñas de Alcañiz, engrosando sus filas con todos los descontentos, fuesen cristianos, judíos ó musulmanes.

Sobresaltado Mohammed con tan seria insurreccion, y no pudiendo desatender las fronteras del Duero, continuamente invadidas é inquietadas por los cristianos de Ordoño, trató primeramente y antes de emprender operaciones contra el rebelde Hafsún de asegurarse al menos la neutralidad del imperio franco, á cuyo efecto envió á Cárlos el Calvo embajadores con ricos presentes y con proposiciones de paz y amistad. Cárlos á quien hallamos siempre dispuesto y poco escrupuloso en firmar paces y alianzas con todo género de enemigos, no desechó tampoco la propuesta del emir, y despachó á su vez á Córdoba mensageros encargados de acordar las bases de la pacificacion, los cuales, desempeñada su mision, volvieron llevando consigo en testimonio de las buenas disposiciones de Mohammed, camellos cargados con pabellones de guerra, ropas y telas de diferentes clases, y artículos de perfumería, que el nieto de Cárlo-Magno recibió gustoso en Compiègne. Despues de lo cual juntó Mohammed el mas numeroso ejército que pudo, haciendo concurrir á todos los hombres de armas de Andalucía, Valencia y Murcia, resuelto á dar un golpe de mano decisivo al rebelde Hafsún. Su hijo Almondhir quedó encargado de la frontera de Galicia con las tropas de Mérida y de Lusitania, y él con su nieto Zeid ben Cassim marchó hácia el Ebro con toda la gente.

Temeroso Hafsún de no poder competir con fuerzas tan considerables, recurrió á la astucia, ó mejor

dicho, á la falsía y al engaño, pero engaño mañosamente urdido para hombre de tan humilde estraccion. Escribió, pues, al emir haciéndole mil protestas, al parecer ingénuas, de obediencia y sumision, y jurando por cielos y tierra, que todo cuanto hacía era un artificio para engañar á los enemigos del Islam; que á su tiempo volvería las armas contra los cristianos y malos musulimes; que le diese al menos el gobierno de Huesca ó de Barbastro, y veria cómo oportunamente y de improviso daba á los enemigos el golpe que tenia pensado. Cayó completamente Mohammed en el lazo, creyó las palabras arteras del rebelde, ofrecióle para cuando diese cima á sus planes no sólo el gobierno de Huesca sino el de Zaragoza, envió una parte del ejército, como innecesario ya, á las fronteras de Galicia á reforzar el de Almondhir, encomendó á su nieto Zeid ben Cassim la expedicion proyectada de acuerdo con Hafsún, y él regresó camino de Córdoba.

Incorporáronse las tropas de Zeid con las de Hafsún en los campos de Alcañiz: con las demostraciones mas afectuosas acamparon llenas de confianza junto á los que creian sinceros aliados. Mas cuando se hallaban entregadas al reposo de la noche, los soldados de Hafsún se echaron traidoramente sobre los de Zeid, y degollaron alevosamente á los mas, incluso el mismo Zeid ben Cassim, que murió peleando valerosamente antes de cumplir diez y ocho años. El emir y

todos los caudillos de su guardia, todos los wáltes de Andalucía, juraron vengar acción tan aleve; Mohammed lo escribió á su hijo Almondhir, el cual recibió los despachos de su padre en tierras de Alava, é inmediatamente hizo leer su contenido á todo el ejército. La indignación fué general; caudillos y soldados, todos pedían ser llevados sobre la marcha á castigar la negra perfidia de Hafsún. De Córdoba y Sevilla se ofrecieron muchos voluntarios á tomar parte en aquella guerra de justa venganza.

Partió, pues, Almondhir, con su ejército de sirios y árabes, ardiendo todos en cólera. Los rebeldes habían vuelto á atrincherarse en los montes y en la fortaleza de Roda, que era, dice un autor musulmán, el nido del pérfido Hafsún. Allí salió á rechazarlos el intrépido Abdelmelik, el wál de Lérida que se había incorporado á Hafsún. A pesar de las ventajas que le daba la posición, los andaluces pelearon con tal coraje, que sus espadas se saciaron de sangre enemiga. Abdelmelik escapó herido con un centenar de los suyos, y se refugió en el castillo de Roda. La noche suspendió la matanza. Al día siguiente los soldados de Almondhir atacaron la fortaleza sin que les detuvieran las breñas y escarpados riscos que la hacían al parecer inaccesible. Todo lo allanaron aquellos hombres frenéticos, si bien á costa también de no poca sangre: Abdelmelik, aunque herido, peleó todavía hasta recibir la muerte, y su cabeza fué cortada para presen-

tarla á Mohammed; muchos rebeldes se precipitaron de las rocas: Hafsún logró escapar á los montes de Arbe, aconsejó á sus secuaces que se sometiesen al vencedor para conjurar su justa saña, y repartiendo sus tesoros entre los que le habían sido más fieles, desapareció, dicen, en aquellas fragosidades. La victoria de Almondhir intimidó toda la comarca, y apresuráronse á ofrecerle su obediencia las ciudades de Lérida, Fraga, Ainsa, y todas aquellas tierras (866). Almondhir victorioso se volvió á Córdoba, donde fué obsequiado con fiestas públicas.

En este año, que fué el de 866, falleció el rey Ordoño en Oviedo, muy sentido de sus súbditos, así por su piedad y virtudes, como por haber engrandecido el reino y héchole respetar de los musulmanes, con los cuales tuvo otros reencuentros en que salió victorioso, y cuyos pormenores y circunstancias no especifican las crónicas. Ordoño había reedificado muchas ciudades destruidas más de un siglo hacía, y entre ellas Tuy, Astorga, Leon y Amaya, y levantado multitud de fortalezas al Sur de las montañas que servían como de ceñidor al reino, y acrecido este en una tercera parte de territorio. Reinó Ordoño poco más de diez y seis años, y fué sepultado en el panteón destinado á los reyes de Asturias (1).

(1) El Albeldense le dá el bello nombre de *padre del pueblo*. Con él acabó su crónica el obispo Sebastian de Salamanca, y empieza la suya el obispo Sampiro de Astorga.